inefables industrias que el Padre celestial emplea para apartar á una alma de la muerte y para inducir á un hijo pródigo á que vuelva al banquete de la familia; reproducimos pues esas historias, escritas cási todas por los que fueron heroes de ellas, con la grata seguridad de que servirán para que se glorifique al Autor de todo don perfecto y de que llevarán al seno de la sociedad, que está entregada todavía á tan crueles dolores, la antorcha de la verdadera luz y el bálsamo del divino consuelo.

STOLBERG.

Federico Leopoldo, conde de Stolberg, nació en Bramstæd, en el Holstein, el 7 de noviembre de 1750. Su padre, que era ministro del rey de Dinamarca, no queriendo omitir medio alguno para dar á su hijo una educacion esmerada, envióle á estudiar á Gotinga, y despues á Hala. Distinguióse el jóven conde en los progresos que hizo en las letras, aprendiendo no solo el latin y el griego, sino el francés, inglés é italiano; dedicóse tambien al estudio de la filosofía y la jurisprudencia, y desde aquella época manifestaba un vehemente amor á la verdad. Apenas hubo terminado sus estudios cuando empezó à llamar la atencion como escritor y como poeta, por medio de una traduccion de la Iliada de Homero que hizo en verso, y de otras muchas obras que compuso, poéticas y en prosa. No tardó en contraer íntima amistad con todos los doctos y literatos de Alemania, como Klopstock, Cramer, Gleim, Voss, Goethe y Lavater. Emprendió, en compañia de estos dos últimos, un viage á Suiza, el Milanesado, el Pia-

monte y la Saboya, yendo tambien con él su hermano mayor Christian que tenia los mismos gustos literarios. En 1784 casóse con Inés, baronesa de Witzleben, mujer de raro mérito, de quien tuvo cuatro hijos y que falleció en 1788. Esta dama, de igual modo que su marido profesaba el luteranismo. El conde de Stolberg desempeñó muchos honoríficos cargos, pues fué sucesivamente gentil-hombre de cámara del rey de Dinamarca, ministro plenipotenciario de Lubeck en Copenhague, embajador de Dinamarca en Berlin, presidente del gobierno en Eutin, y enviado extraordinario del duque de Oldemburgo en Rusia donde se le condecoró con las órdenes de Santa Ana y de San Alejandro Newsky.

En el año de 1789 casóse el señor de Stolberg en segundas nupcias con Sofía, condesa de Rœdern, de quien tuvo nueve hijos. Hizo con ella un viaje à Italia y á Sicilia en los años de 1790 à 1793, recorriendo aquella primorosa comarca como observador, y aun compuso una relacion de aquel viaje en la cual se admiran á la vez la pureza de su gusto, el brillo de su imaginacion, la variedad y extension de sus conocimientos, y la rectitud de su juicio.

En el conde de Stolberg habíanse creado, durante su educacion primaria, sentimientos de religion que se iban robusteciendo con los años. Léjos de dejarse arrastrar por aquel espíritu de irreligion y de anarquía que desde la Francia, completamente trastornada, se iba esparciendo

en Alemania, trabajó constantemente en ponerle un dique. Con esta mira publicó, en tres tomos, una traduccion de los últimos discursos de Sócrates y de los mas sublímes diálogos de Platon, con notas, y con una epístola dedicatoria, dirigida á sus hijos.

Unióse á las almas nobles que acogieron á los emigrados franceses y que se esforzaron en mitigar los rigores de su destierro. En estas circunstancias fué en las que comenzó á dedicarse á materias de religion y á desentrañar la verdad sinceramente. Tuvo la oportunidad de entablar relaciones de amistad con la princesa de Gallitzin, condesa de Schmettau por nacimiento, quien, despues de haber residido en el Haya, donde desempeñaba el encargo de embajador su marido, se habia retirado á Munster y habia abrazado la religion católica. Esta dama, que tenia una sólida piedad y que estaba dotada de un entendimiento elevado, tenia frecuentes conversaciones con el conde, ya sobre puntos de religion, ya sobre materias literarias y filosóficas, y contribuyó mucho à fortificarle en sus pesquisas y á disipar la predisposicion que desde su edad pueril abrigara. Púsose el señor de Stolberg á estudiar la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y los controversistas. A los principios no habia ido á buscar en los escritos de los Santos Padres mas que el mérito de la elocuencia y la fuerza del raciocinio; empero la detenida lectura de sus obras descubrióle lo antigua que era la doc-

trina católica y lo moderno que era el protestantismo. No trabajó, entre tanto, con precipitacion el conde, y empleando en sus investigaciones todo aquel candor y toda aquella madurez inherentes á una alma recta, ocupóse, por espacio de muchos años, en rodearse de cuantas pruebas fuesen capaces de iluminarle. Con este fin entabló correspondencia epistolar con el señor Asseline, obispo de Boloña, que en aquella sazon se habia ido á refugiar en Alemania; en ella expuso sus dudas al prelado, quien contestó con reflexiones que aparecen insertas en el tomo VI de sus *Obras selectas* y que recibió con la mayor gratitud el conde.

Sin embargo, quedábanle por vencer muchos obstáculos. El respecto humano, la pérdida de los títulos honoríficos que poseia y acaso tambien la de sus bienes, la burla de toda una familia, la de sus numerosos amigos y tambien la de sus compatriotas, la publicidad que iba á tener cualquier extraordinario paso que diese, todo esto habria retraido quizá á otra alma menos generosa que la suya; empero el conde de Stolberg se hizo superior á toda consideracion humana, y después de siete años de exámen y de investigaciones rindió homenaje á la verdad suprema. Habiendo hecho dimision de todos los empleos que el duque de Oldemburgo le tenia conferidos, trasladóse á Munster en compañía de su mujer, y ambos abjuraron allì el protestantismo en mayo de 1800. Dos fragmentos de cartas que á continuacion vamos á insertar, de-

muestran cuánto era el fervor de los sentimientos que abrigaban.

Munster, mayo 16. 1800.

"Mi corazon y mi carne se han estremecido de júbilo en el Dios vivo; el pajarillo encuentra su morada, y la tórtola forma su nido para depositar en él sus hijuelos; vuestros altares, Dios de las virtudes, vuestros altares ¡oh mi rey y Dios mio! son el asilo donde ahora descanso en paz y en la alegría.

"He aquí, señora, he aquí los sentimientos de que debiera estar penenetrada mi alma. Inundado de un torrrente de santo júbilo, mi corazon debiera ser un templo en que las alabanzas del Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, las alabanzas de Nuestros Señor Jesucristo incesantemente se oyesen, porque ha tenido misericordia de mí y Sofía y porque la tendrá de mis hijos. Ha visto con indulgente complacencia el deseo de conocer la verdad que yo tenia, deseo que él mismo habia hecho nacer en mi alma. Ha atendido á las fervientes preces que le han dirigido por mí muchas personas justas, prosternadas al pié de los altares. Han caido de mis ojos como escamas en el momento en que mi corazon oponia una disposicion de amargura y disgusto al maná celestial que hacia Dios que se me ofreciese.

"LEOPOLDO.

"*Eutin, agosto* 16, 1800.

No puedo expresaros cuan penetrado estoy de la grande idea de que Dios ha tenido á bien concedernos, á Sofía y á mí la gracia de hacernos entrar en su Iglesia; eso para nosotros es una felicidad constantemente nueva. ¡Jamás cesemos de alabar su nombre hasta que entonemos el nuevo cántico! Justísimo es que tanta dicha esté mezclada con un tanto cuanto de amargura, y en efecto, la situacion en que nos hallamos abunda en ella. Huyen de nosotros; nos abandonan...Quisiera yo estar en Munster por que la posicion que aquí guardamos es penosa, indeciblemente penosa. Conozco, sin embargo, que solo en mí consiste hacer que se conviertan en inmarcesibles rosas estas espinas; ¡que Aquél que se sirvió permitir que le coronase de abrojos, me conceda la gracia de que esa trasformacion se opere! ¡Ojala se digne domar mi rebelde naturaleza y hacerla llevar de buena voluntad el santo yugo de la cruz!....¡Qué merced tan grande nos ha concedido el Altísimo! sea bendito su nombre para siempre."

He aquí el retrato que la *Biografia universal* hace de este escritor ilustre. "Lleno de entusiasmo, dice, por todo aquello que era noble, recto y justo, el conde de Stolberg era sencillo y dócil como un niño; mostraba en el trato comun cierto donaire y cierta bondad encantadora que se creia que en él solo podia encontrar-

se; de suerte que cuantos le rodeaban le respetaban y querian. La ofensa personal no le irritaba ni contenia su benevolencia; érale odiosa la mentira y jamás el mas leve ataque á la verdad mancilló sus labios. Nadie se hubira atrevido, en su presencia, á proferir palabras que menoscabasen de algun modo la reputacion del prójimo; su integridad, su paciencia y generosidad en el ejercicio de sus funciones, atrajéronse con justicia el cariño de todos los habitantes de la jurisdiccion de su autoridad, en Oldemburgo, que le miraban como á un padre. Como sus necesidades eran pocas nada exigia para sí mismo, y siempre se veia la serenidad pintada en su frente y la satisfaccion en su semblante."

Parece natural que un hombre de semejante índole y que, á los cincuenta años de edad, hacia renuncia de los honores para seguir los impulsos de su conciencia, habia debido encontrar muestras de estimacion entre los protestantes, ó siquiera testimonios de tolerancia. Sin embargo, el paso que diera excitó asombro en unos y aborrecimiento en otros. El conde de Schmettau, hermano de la princesa de Gallitzin, escribióle manifestándole su sorpresa. El señor de Stolberg se limitò á contestarle terminantemente que habia visto al protestantismo desplomarse y que no habia podido cerrar los ojos á la esplendente luz que derrama el catolicismo por medio de su antigüedad y de su doctrina. Lavater, que estaba en relaciones con el conde y que no se encontraba muy dis-

tante de abrazar la religion católica, como lo acredita una prosa latina llena de uncion y de piedad que compuso en honor de la santa Virgen y que se citó en el *Católico* de Maguncia, Lavater fué, de entre todos los protestantes, el que hizo mas justicia al señor de Stolberg, y aun parece que elogió un paso que el no tuvo el suficiente valor de imitar; pero los demás de la secta desatáronse contra él de una manera inconcebible. El que con mayor vehemencia le atacara, tanto durante su vida como despues de muerto, fué un amigo suyo desde la infancia, el consejero Voss, hombre de quien habia asegurado hasta la exsistencia física proporcionándole el honroso empleo que desempeñaba. El nuevo converso manifestó en esta ocasion tanta moderacion como cordura, y no habló de su petulante adversario sino con una generosidad verdaderamente cristiana.

El conde, despues de su conversion, se ausentó de Eutin y se domicilió por espacio de doce años en Munster ó en sus inmediaciones; luego se fué á vivir en el condado de Ravensberga, y en fin en el castillo de Sondermuhlen, país de Osnabruck. Tuvo la satisfaccion de ver á todos sus hijos seguir su ejemplo; los que se hallaban ya en la edad de la razon abrazaron tambien la religion católica y los demás fueron criados y educados con arreglo á los principios de la misma. Sola un hija de su primer matrimonio, que se habia casado con el conde Stolberg-Wernigerode, perseveró en el protestantismo. Inútil parece decir que el señor de Stolberg se condujo con arreglo al paso que diera en todos los actos de su vida; fué estritamente fiel á la observancia de los prácticos religiosos. Desde entonces sus trabajos tomaron un carácter mas grave, en asuntos de religion fué en lo que príncipalmente se ocupara. Tradujo al aleman dos escrito de San Agustin, el *De la verdadera religion* y el *De las costumbres de la Iglesia cristiana*. Pero la mas importante de sus obras es la *Historia de la religion de Jesucristo*, que apareció por primera vez en Hamburgo, en 1806, y que tuvo sucesivamente cinco reimpresiones.

El último año de su vida viéndose acometido hasta en su honor, por el consejero Voss, mas furiosamente que nunca, creyó que no debia dejar de contestarle, empero lo hizo con una moderacion rara. Sentia decir, hablando sobre este particular con sus amigos, verse obligado á demostrar la falsedad de las imputaciones de su adversario, y temia que se sospechase que abrigaba con respecto à él un tanto de resentimiento. La enfermedad que se atacara y que fué acasionada, en muchas partes, por el gran pesar que sentia de verse tan calumniosamente ultrajado por un hombre à quien aun en aquella razon daba la denominacion de amigo, le impidió acabar este escrito que terminó y publicó su hermano bajo el título de *Breve refutacion de lo que asienta el consejero Voss*.

La muerte del conde de Stolberg fué digna

de su vida. El abate Kellerman, apreciable eclesiástico que habia sido ayo de sus hijos y que ocupaba entonces un curato en Munster, habiendo ido à pasar algunos dias á Sondermuhlen á fines de noviembre de 1819, pareciò haber sido enviado por la providencia para dar los últimos consuelos al conde. El dia siguiente al de su llegada, el señor de Stolberg cayó enfermo. Habiéndose llamado á un médico de las inmediaciones de Osnabruck, y habiendo sido este de opinion que la enfermedad era de muerte, inmediatamente manifestò el conde el deseo de recibir los sacramentos, los cuales se le administraron en la noche del 3 al 4 de diciembre. Quiso levantarse á fin de adorar de rodillas al Santo Sacramento, y era tal el fervor de su fé que edificó á todos los concurrentes. Seis horas antes de morir mandò llamar á todos sus hijos y les dirigió la palabra en conjunto y luego á cada uno en particular. Encargóles que orasen por los difuntos, que permaneciesen firmes en la religion católica y que se conservasen unidos. Con bastante frecuencia, antes de que cayese enfermo, habíales exhortado á que perdonasen su proceder al consejero Voss; repitiòles lo mismo antes de recibir el viático y la extremauncion. "No nos es lícito, les dijo, desprendernos de la obligacion de orar por él." Despues nada habló ya de este adversario, y no pensó mas que en la eternidad. Sintiendo que le iban faltando las fuerzas pidiò que le rezase las preces de los agonizantes

que su hija Julia y su confesor se pusieron á decir á su lado; y habiéndoles el llanto embargado la voz, el mismo moribundo continuó las preces. Sus postreras palabras fueron las de *¡Alabado sea Jesucristo!* Murió unos cuantos instantes despues de haberlas proferido, el 5 de diciembre de 1819, hácia las siete de la noche, á la edad de sesenta y nueve años. El mismo habia compuesto su epitafio que estaba concebido en estos términos *Aquí yace Federico Leopoldo de Stolberg, que nació el 7 de noviembre de 1750, y falleció el.... Dios ha amado en tal grado al mundo, que ha dado su hijo único á fin de que el que crea no perezca sino que alcance la vida eterna.* Prohibió á su familia que agregase una sola sílaba á este epitafio porque, decia, cuando se trata de la eternidad es necesario guardar silencio sobre todo lo que es perecedero. Enterrósele en Stockampen, en Prusia por haberlo él así pedido, al lado de uno de sus hijos, Francisco Stolberg, que habia muerto el 29 de marzo de 1815, á la edad de 13 años y que en tan tierna edad manifestaba una inocencia de costumbres, una disposicion á la piedad y una resignacion verdaderamente interesantes.